

el sacerdote más indigno que os dirije la palabra; pedidle, en fin, por todos los pecadores, vuestros hermanos, que sobrellevando la cruz de los trabajos que Su Majestad se digne enviarnos, con ellos expiemos de alguna manera nuestras culpas: que éstas nos sean perdonadas por su pasión y muerte, y que nos conceda la eterna bienaventuranza.—AMEN.

## PANEGIRICO

DE

# NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PREDICADO EN LA PARROQUIA DE PATZOUARO  
EL 25 DE MARZO DE 1842

POR EL

**PBRO. LIC. CLEMENTE MUNGUIA**

DESPUES OBISPO DE MORELLA.

*Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi  
Unigeniti à Patre, plenum gratiæ, et  
veritatis.....*

Joann, cap. I, v. 14.

Hemos visto su gloria, gloria cual el  
Unigenito debia recibir del Padre, lle-  
no de gracia y de verdad.....

S. Juan, cap. I, v. 14.

Para desempeñar dignamente, señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseído de aquella celestial inspiracion que admira el universo en la narracion del más profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia, despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que há menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios co-

municar á los que están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. Pero ¿cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reúne á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica, cuyos débiles rayos apenas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza: esos monótonos y pausados conciertos que no há mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorrumpía el profeta inconsolable á la vista de Jerusalem desolada: este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del santuario: ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos géneos que cambian hoy la vestidura de luz por el luto de la tierra: todo nos anuncia la muerte del Hombre Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las honras fúnebres de Jesucristo.

A la vista de tan grandes objetos, el corazón se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolacion, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se inundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

Pero que ¿lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo? ¡Ah! ¿Qué sería del hombre sin esa tumba? ¿Dónde estarían sin ellas su consuelo, su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un monarca de la tierra, pintaría su magnificencia y exaltaría sus glorias, á fin de que viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendiéseis á la luz del Evangelio cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, señores, de arrebatárle la admiracion con la pintura de esa triste celebridad; no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y útiles desengaños: se trata de contemplar la única y sólida grandeza, vengo directamente á exponer á la veneracion pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el Evange-

lista, la gloria que el Eterno Padre habia de comunicar á su Hijo Unigénito. *Gloriam quasi Unigeniti á Patre.*

¿Cómo pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no le tienen. Mas que, ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarlas que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razon: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificacion de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito más que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud eterna de gracia y de verdad que admira el evangelista San Juan en la persona del Mesías: *plenum gratia, et veritatis.* Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad, que anuncia la sabiduría del verbo; plenitud de gracia, que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre Dios; plenitud de que todos hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconoce nuestra razon que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porcion del espacio, ni sujetas al cómputo mezquino del tiempo, y que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo; que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predica-

cion de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservacion de su Iglesia: hé aquí, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiramos, pues, en esta noche, consagrada justamente á los más santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condicion humana, una verdad que dispó las tinieblas del universo; una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo más sublime; un poder, en fin, que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error: hé aquí la doctrina de Jesucristo. Plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud: hé aquí las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo. Plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas; de verdad que dirige y de gracia que ejecuta y conserva: hé aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con la Iglesia santa. De tí pendien hoy la esperanza y la inmortalidad. En tí se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia, tú eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda, pues, á mis labios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: que esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo.—*O Cruz ave, etc.*

## PRIMERA PARTE.

Siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pié de su cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que más admira la historia en la vida y en las acciones de los sábios y de los reyes. La filosofía, señores, que se lisonjaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número de verdades; la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun ridiculeza del culto que tributaba la superstición á las divinidades del paganismo; la filosofía que más de una vez habia ocupado el trono de los Césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sábios, si es que alguna tenian, eran tan varias como los sistemas filosóficos; y la idea de trasmitirlas á los pueblos, y con más razon, la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas más densas, los pueblos todos hacian del error una profesion pública, tanto más obstinada, cuanto más lisonjaba sus brutales pasiones. Condiciones únicas, condiciones incommunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime personaje que habia de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvian á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestacion de su verdad. Hé aquí, señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneracion del

universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo, Señor nuestro. ¿Mas cuáles fueron las condiciones con que se hubo presentado á fin de realizar este prodigioso designio? Los sábios no se atrevían á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo, porque su autoridad habria sido desechada; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina; las verdades que podían presentar aquellos, se hallaban confundidas con un sinnúmero de errores, no tenían enlace, no formaban sistema, no podían, en suma, mejorar la condicion del hombre; Jesucristo marca su doctrina con caracteres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia, cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creacion del hombre, el origen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduria, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los tumbres del sacerdocio, la sabiduria de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo; Jesucristo ocupa todas sus páginas, él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera mujer, hasta el parto glorioso de la Virgen Madre. ¿Dónde no encontráis á Jesucristo? En el paraíso es prometido por Dios al estirpe delincente; en el diluvio es representado en el arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la infalible promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser

bendecidas todas las naciones. Moisés recibe en las cumbres del Sinai las tablas de una ley que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario. Más tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnífico, donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad, son apenas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á producir en el universo. Ved, señores, al Mesias en todas partes, vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham, ved su sacrificio incruento, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misma en la persona y en la oblation augusta del gran sacerdote Melchisedech; reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Levi; adoradle con el salmista rey á la diestra de su Padre; ved, en fin, como vive en el corazon de los patriarcas, y con cuánta magnificencia es anunciado por la voz de los profetas.

¿Mas qué veo, señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los lábios de Zacarías, y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético de honor, de gratitud y bendicion; aquel himno en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesias, luz divina que habia de *iluminar á tantos pueblos sumergidos en las tinieblas, en las sombras de la muerte* (1). Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simeon penetra en el templo, toma en sus brazos al niño, y á la vista de este supremo Rey que habia traído la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte. —“En fin, Señor, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo; voy á morir en paz, *porque mis ojos han visto al Salvador del mundo* (2).”

(1) Luc. I, 79.

(2) Luc. II, v. 29 y 30.

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quién la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personaje verdaderamente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia llaman fuertemente la atención general. —“¿Quién eres tú? le preguntan los enviados. ¿Elias acaso? ¿Por ventura el Profeta?”—No soy, les respondió, no soy sino la voz del que clama en el desierto: *preparad el camino del Señor*. En medio de vosotros está uno á quien no conocéis, el que ha de venir despues de mí, el que fué hecho ántes de mí, y á quien yo no soy digno de desatar la cinta de su calzado (1).

¿Cómo resistir, católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reúne á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se transfigura. ¡Oh escena verdaderamente sublime! ¡Oh cuadro divino que pasma la inteligencia y encadena la admiración! Jesucristo aparece revestido de toda su majestad, cubierto con los rayos de su gloria; tiene á sus lados al grande Elias y al jefe del antiguo pueblo, á sus piés caen los apóstoles incapaces de sostener el esplendor de aquella majestad. ¿Qué misterio se encuentra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del emperio aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos, se trata de Jesucristo, y su Eterno Padre, no contento con verle de tantos modos figurado y predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones, la nueva verdad que iba á ser anunciada por Jesucristo al universo.—“Este es mi hijo muy querido, en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oídle.” *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite* (2).

(1) Joann. I, 21, 23, 26 et 27.

(2) Math. XVII, v. 5.

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo dá de sí mismo? ¿Su Evangelio por ventura será menos recomendado por ellos, que lo habia sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los profetas contemporáneos á su nacimiento, por su precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quién podria referirlos todos? ¿Dónde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita más que una palabra, ¿qué digo? un acto de voluntad basta para que se realicen los mayores portentos. No me empeñaré, sin embargo, en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno lo ignore, y todavía recordamos con trasporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sosiegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la eración, los mudos rompiendo con la palabra el silencio á que habian estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa, pues, que haya desdenado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes para humillar con su palabra la razón altiva de los hombres, el que da tales muestras de su origen divino, el que así comprueba la misión que ha traído desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belén y los humildes paños que le cubren, cuando veo descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles cantan allí *la gloria de Dios y la paz de los hombres*, y cuando veo confundidos delante del Hijo de María el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los re-

yes? No debemos extrañar, pues, que la predicación de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. Pero qué, ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del universo y la razón de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina, abrid el Evangelio, recorred allí las altas verdades que contiene, subid á su origen por la contemplación de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas: hé aquí, señores, los caracteres divinos con que se manifiesta la verdad de Jesucristo, para que el universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduría del Hijo.

*Sublime en sus misterios.* La verdad que Jesucristo enseña ennoblece la razón humana, reemplazando con una luz divina y eterna esas conjeturas de un día, tímbrs de los mayores sábios y magníficas pruebas de nuestra limitación y de nuestra nada. El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, *el Verbo que existía desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios* (1), hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumación de los siglos, como una prenda de amor, en la cual Jesucristo había de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesión de una misma fe, por la participación de unos mismos sacramen-

(1) Joann, I, 1.

tos, por la identidad del culto, por la sujeción á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habían de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á hundirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: hé aquí, señores, un conjunto imponente, admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razón que tiene el increíble frenesí de buscar en sí misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.

¡Oh filósofos! Estos misterios profundos encienden la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelión, y arman vuestra mano sacrilega con el impotente dardo que arrojais con furia contra el cielo. Mas ¿qué importan estas almas impías? Nada podréis contra la verdad: sostenida á la palabra infalible del Sér por esencia, ni espera ni teme nada de vosotros; y ántes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su trono en el entendimiento humilde, mientras vosotros, espantosamente hundidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigareis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fe, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajaréis al sepulcro precedidos de la esperanza.

*Una en su economía.* El primer indicio, católicos, del humano saber, es y ha sido siempre aquella insoportable mezcla de verdades y de errores, y muy particularmente la confusión de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravia cuando parece mas seguro. Ni hay puntos de contacto, ni centros de reunión, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla

mucho y se dice muy poco, se abraza todo y se estrecha nada: hé aquí la sabiduría del gentilismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y donde nada nos sorprende tanto como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el génio de la ciencia, y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de la razón humana? Solo Jesucristo, hermanos míos, ha podido comunicar á su doctrina el órden y unidad estupendas que, no solamente ilustran y llenan de admiración al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al impío los más cumplidos homenajes. Por esto vemos, que mientras una parte del mundo adora á Jesucristo como á Dios, otra parte le reconoce y aclama primer sábio de los siglos.

Las ideas de criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presentarse la creación, vemos abrirse á nuestros pies el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitación: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del Sér y el manantial de la sabiduría; y ya desde entónces esperamos únicamente de Dios, la verdad y la ley. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los patriarcas, los profetas, las instituciones, la religión, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa, y aun antes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa con majestad los siglos todos que ocupan el espacio que media entre Eva y María. Jesucristo llega; es Dios y Hombre; su palabra exige la negación de nuestro entendimiento; su ley, el holocausto de nuestra voluntad. A este doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia

del incrédulo y á la obstinación del pecador, corresponden una desgracia que no ha de tener fin. La negación de sí mismo, íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el órden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: hé aquí, señores, un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negación de nosotros mismos.

*Universal en su inteligencia.* Admiro, como es justo, aquellos misterios sublimes y esta unidad perfecta; pero cuando paso á la universalidad que tiene por su clara inteligencia la verdad de Jesucristo, cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando me convengo por las pruebas de una irrecusable experiencia, de que el Señor ha querido prodigarla sin medida á los pequeños y sencillos, tal vez en el instante que la rehusa á los grandes y á los sábios, mi razón vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, señores, el inmenso campo del cristianismo, visitad con la imaginación todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿Quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿A quién se oculta el superior designio que contienen? ¿Quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! Cuando busco la verdad y la ley, las reconozco igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucientes del niño.

¿Qué había podido con su magnificencia y aparato la razón de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecían á la admiración? ¿Qué había sido la parte más numerosa de la sociedad antes que la cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduría profunda á cuya única posesión aspiraba el Apóstol de las gentes? Los sacerdotes en Egipto, los magos en Persia, los brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, decidme, sino arcaes ceñidas de ilusiones ó imposturas? ¿Se diría que penetradas de la vanidad de sus pensamientos, mantenían la cien-

cia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad? El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á vos ¡oh Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole, la inmensa copia de vuestra sabiduría, haciendo por este medio que en vuestra persona reconociera el universo la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Lux vera, que illuminat omnem hominem vententem in hunc mundum* (1).

*Santa en su moral.* ¿Quién otro que Jesucristo, católicos, pudo haber sancionado su ley dando á cada precepto un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar el Espíritu Santo en el corazón; y la observancia de la ley es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra: Dios en el hombre; el hombre en Dios: hé qui la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra: el entendimiento se levanta sobre las alas de la fe, en busca del grande objeto hácia donde la impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal, no hay sacrificio costoso, no hay empeño difícil: y desde el individuo que obedece, hasta el caudillo que manda, no se ve más que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo, se dirige nada ménos que á poner á todos sus miembros en la posesion inamisible de Dios, que es la ven-

(1) Joann. I, 9.

tura celestial. Pero qué, ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido también á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo, la historia de las instituciones humanas, parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política, en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su ley, el que sancionó la libertad de los pueblos; borró la infame definición de esclavo del código de las naciones, sentó los principios de la sociedad, y dió una constitucion al universo. “Sabeis, dijo á sus apóstoles, y en ellos también á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, sabeis que los principes de las naciones dominan sobre ellas, y que los más grandes ejercen en ellas el poder. No será así entre vosotros; sino antes bien el que quisiere ser mayor, sea vuestro criado, y el que quisiere ser el primero, sea vuestro siervo: porque el Hijo del Hombre no vino al mundo para ser servido, sino para servir y dar su vida por la salud del mundo (1).” ¿Lo habeis oído, hermanos míos? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia, y un objeto de la más tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los empleos públicos, es servir á los súbditos con celo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo, católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres; y que, uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el título de súbdito.

(1) Math. XX, 26, es seq.

to, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra, desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: "Todos están sometidos á las potestades superiores, porque no hay autoridad que no venga de Dios, y él es quien las ha ordenado. Así, pues, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios.... El príncipe es el mismo Dios para el bien.... Es, pues, necesario que le estéis sometidos, no solo por el temor del castigo, sino por un deber de conciencia (1)."

*Eterna en sus promesas.* ¿Pero cuál es, señores, la fuerza que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á no verlos cumplidos con tan absoluta fidelidad, nos veríamos tentados de creerlos incompatibles con la naturaleza humana? Las altas y sublimes promesas. Vengamos, pues, á esta parte, la más dulce y consoladora de la verdad de Jesucristo: vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trasforma en atractivo, á los ojos del verdadero cristiano, cuanto había tenido hasta entonces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones, y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¿Qué tiene de común esta felicidad con la que el mundo prometa? Era ésta, señores, una deidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incessantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! Quería conciliar la dicha con el crimen, y descubrir, tras el velo de las pasiones, la imagen de la virtud y la paz inefable del corazón.

(1) Ad Rom. XIII, 1 et seq.

En A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulación, desechos del mundo; á vosotros todos los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabana, los que anhelábais por la justicia, sin embargo de la persecucion, los que disfrutábais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habiais hecho sentir la benígna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios.

¡Bendito sea Dios, hermanos míos, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener, á título de pobreza, el reino celestial y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potencias de la tierra! *Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion.* Consuélate ya, Madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdenosamente negado. ¡Oh infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia: Bienaventurados los que han hambre: *Beati qui esuriunt* (1).

¡Admirable trasformacion! ¿Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en el opuesto rumbo al que los hombres ávidamente recorrían, en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos? ¿Qué te resta, pues, para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa que gimes bajo el insupportable yugo, sino asirte de tu propia desgracia como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, géneos de la caridad á quienes persigue la ingratitud, no temais: que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infor-

(1) Mat., V, 6.

tunio con este grito de salvacion: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur* (1). Llorad, pues, almas escogidas; mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro Padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡Oh verdad! ¡hé aquí tus caractéres, hé aquí tus triunfos! ¡Oh soberana, razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! Te admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad angusta. Hé aquí, católicos, una obra maravillosa. ¿Quién podrá elogiarla bastante? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas; crimenes contaba la historia en sus anales; errores é imposuras la filosofia en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelían á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino con un soplo de vida semejante al que animó al primer habitante del paraíso. Hé aquí la obra de Jesucristo: baja desde la diestra de su Padre, se digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aquí á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su precursor, abre sus lábios y la verdad invade al universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazon ante la severidad de la ley: que si la verdad que la con-

(1) Math., V, 5.

tiene parece superior á la fuerza del hombre, Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien lo practica; y sus lábios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

## SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza, y no sabe cómo habiendo podido Jesucristo rescatar millares de mundos con la infinita eficacia de un solo sentimiento, quiso pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la triste humanidad, y ser combatido al mismo tiempo por la ingratitud, por la envidia, por el celo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando cuanto es posible nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas trasgresiones que más deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuanto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este Padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su Evangelio; si hubiera pasado su vida exenta de las tribulaciones de la vida humana; si sus lábios no hubieran probado la hiel; si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas; si

la perfidia y la ingratitud no hubieran contristado su pecho; si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras: ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿En qué punto de la tierra hubiera encontrado su ley un asilo? ¿En cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los incienso de la virtud? Hay una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta el corazon, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que el mundo hubiera vuelto á naufragar, y la luz del Evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado, la misma deplorable suerte que la legislacion de Moysés en el pueblo judío, y la ley eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era ésta, católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino; visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener, no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, más tambien dechados perfectísimos de las virtudes que debieran practicar. De esta manera la razon y la voluntad estaban igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias, en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. Hé aquí por qué se hizo hombre Jesucristo: se hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como dice el profeta Isaias, las enfermedades del hombre: *Scientem infirmitatem* (1).

(1) Is., 53, v. 3.

Era preciso, hermanos míos, que á causas opuestas correspondieran efectos tan bien opuestos; que la inmolation del orgullo pusiera término á las penalidades inauditas que trajo la soberbia; que Jesucristo eligiese el extremo contrario del que escogió Adán; finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal, con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre á la condicion excelsa y soberana de un Dios. Hé aquí, señores, el primer paso de la conducta de Jesucristo, y el fundamento de las virtudes que vino á derramar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres. *Yo he bajado del cielo*, decia, *no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (1). ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el Evangelio, pretextos contra la virtud, excusas, finalmente, para sacudir la cerviz rebelde y arrojar lejos de sí el *yugo suave y la carga ligera*? *Niégate á tí mismo*. ¿Qué respetable y augusto, cuán inviolable es este precepto, cuando Jesucristo nos presenta un dechado sublime de la más perfecta abnegacion, sometiendo su entendimiento y su albedrío á la voluntad eterna de su Padre celestial!

*Niégate á tí mismo*: Esta palabra, hermanos míos, que no se hallaba en ninguna lengua; este precepto, que no estaba consignado en ningún código; esta máxima, que no se habia manifestado nunca en la doctrina ni en la conducta de ningún lábio; esta palabra, que espanta á la naturaleza, desconcierta la razon y hace desesperar al amor propio; esta palabra, digo, que se mira y con razon, como el fundamento de las virtudes cristianas, es

(1) Joann., VI, 38.

precisamente la divisa de Jesucristo. ¿Qué de prodigios no ha realizado estrechando suavemente á sus discípulos á imitarle en su abnegacion! ¿Qué grande aparece el verdadero cristiano, y qué contraste no presenta con todos aquellos que más ardentemente habian aspirado á los homenajes de la virtud! ¡Oh fecundidad prodigiosa de Jesucristo! El último de sus innumerables hijos, tal vez un labrador ignorado, hace avergonzar á la culta Atenas y á la virtuosa Esparta. Poned, católicos, junto á un cristiano fiel á cualquiera de aquellos hombres insignes y raros que toda la antigüedad presenta más á la imitacion del género humano, como unos dechados perfectísimos de las más heroicas virtudes. Una vanidad insufrible era en estos últimos la menos de sus debilidades. La posteridad vuelve los ojos hácia aquellos siglos, y se fatiga inútilmente por encontrar en la fastuosa galería de sus sábios y de sus héroes *un hombre manso y humilde de corazon*. Morirá Sócrates por la verdad: pueblos que no conocen las virtudes llamarán noble el suicidio de Caton, y alabarán con entusiasmo la justicia de Aristides. Pero siglos despues, una posteridad mejor instruida, burcará sin fruto la humildad del primero y pondrá en duda la continencia de los segundos. No faltarán panegiristas entusiastas al célebre Trajano; pero la historia le acusará siempre de haber hecho presentarse de una vez diez mil gladiadores en la misma arena, donde condenó Tito á los prisioneros judios á que se degollasen mutuamente.

A vos estaba reservado, Hombre Dios, dar al mundo virtudes que no poscia, ser con vuestra doctrina y ejemplo el padre de una generacion de santos, y hacer caer de los ojos de la posteridad el velo que, ocultando ciertos vicios, granjeó á los virtuosos de otras épocas una admiracion y una cierta especie de culto entre los hombres.

Pero ¿cuál es, hermanos míos, la fuente de estas acciones inmortales que han cubierto de rubor á toda la antigüedad? Convertíos á Jesucristo, y ved en su persona el tesoro infinito de perfeccion que ha tanto enrique-

cido al nuevo pueblo. ¿Qué virtud hay que no se muestre en su conducta con todos los caracteres más sublimes? ¿Quién otro que Jesucristo pudo haber dicho jamás: "¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?" ¿Qué momento de su vida no es una leccion de santidad? ¿En cuál paso de su conducta no arrebata dulcemente la admiracion y el culto del universo? Habéis temblado, sin duda, contemplando la inflexibilidad suma con que propone su doctrina. Pasad ahora de su entendimiento á su corazon. ¿Qué indulgencia tan suave! ¡qué compasion tan atractiva! ¡qué dulzura con el hombre! Miradle, hermanos míos, *no acaba de romper una caña cascada ni apaga la pavesa que aun humea* (1). ¡Sublime leccion para confundir ese amargo celo que condena la fragilidad y hace morir la esperanza!

¿Quién hubiera podido imaginar que Jesucristo habia de ser el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio exclusivo del pecador? Pero ¡ah! ni éste la hubiera practicado jamás, ni sus obras de penitencia habrían tenido mérito alguno. *La carne habia corrompido sus caminos* (2). Era, pues, nesecario que los desórdenes de los sentidos tuviesen la misma reparacion que los errores innumerables en que habia precipitado el orgullo al entendimiento. Y qué ¿podrá volver aquella por sí sola á tomar el antiguo sendero? Cierto es que por una consecuencia inevitable de la naturaleza corrompida, el cuerpo no dejó nunca de arrastrar el incalculable peso de su propia corrupcion y de todos los instrumentos del dolor de la muerte. ¿Pero estas penas eran frutos de penitencia? Era, pues, necesario, señores, una humanidad no contaminada que levantase al rango de las virtudes, todas las penas de la vida, y un Dios, que unido estrechamente á la naturaleza humana, santificara estas mismas virtudes, dándolas un precio infinito con su ejem-

(1) *Id.*, XLII, 8, *Math.* XLII, v. 20.

(2) *Gén.*, VI, 12.

plo. Hé aquí lo que hace Jesucristo: *verifica en su cuerpo aquella expiación necesaria*. (1); y después de haber predicado la cruz abre su marcha por sí mismo y anuncia la penitencia con los ejemplos admirables de su vida.

Corre por sus venas la sangre de David; pero no quiere aparecer en los palacios; y antes bien, en su nacimiento humilde, en su cuna despreciable, parece que no satisfecho con vestirse de nuestra humanidad, quiere anunciar desde que aparece en el mundo, como el último de los hombres. Nacido en la pobreza, no quiere rehusar una sola de las privaciones innumerables que la acompañan; entrado apenas en la carrera de la vida, deja caer unas gotas de su sangre pura, para dar testimonio á la antigua alianza: más tarde la derramará toda, para salvar al hombre y sellar el nuevo pacto. Pero entremos, católicos, entremos ya en su carrera pública y reunamos algunos de los innumerables caracteres de perfección que des envolvía constantemente para formar el corazón de los escogidos y disponerlos para entrar en el reino de su Padre.

Emprende ya el camino de su misión, y no da el primer paso antes de haber estado cuarenta días en el desierto en ayuno continuo, y otorgado el permiso al poder de las tinieblas para que viniese á tentarle. Concluida esta solemne preparación, empieza su grande obra: elige en persona á sus ministros; mas tomándolos á todos de la clase más humilde, y poniendo á la cabeza de ellos á un pobre pescador que como por acaso descubre en el mar de la Galilea, altamente nos anuncia con su misma conducta, que no entran en sus designios ni la prudencia del sábio ni el tesoro del rico, ni el valor de los héroes, ni la grandeza y poder de los monarcas. En todo ha de ser confundida la naturaleza humana, y del mismo caos de donde salió la creación, el universo atónito verá salir una sabiduría, una fuerza, un poder, que ha-

(1) La. Menn.

brán de sujetar á todos los pueblos sin más filosofía que la fe, y sin otras armas que la humillación, el sufrimiento y la paciencia de los discípulos de Jesús.

¡Oh fe divina! ¡Oh esperanza celestial! Hé aquí vuestras grandes obras. ¿Quién no pone á vuestros pies los mezcquinos partos de la raza humana y las tristes ilusiones del mundo? ¿Quién no se abandona dulcemente en vuestros brazos cuando anunciáis vuestros títulos sublimes, no solamente en las palabras, mas también en la conducta del Hombre Dios que os ha traído á la tierra? “Oid y creed, morid y esperad.” tal es la orden de Jesucristo. Pero ¿quién ha impuesto este precepto? El mismo, católicos, que afirmó la fe con sus obras y anunció la esperanza la víspera de caminar á la muerte.

¿Qué dire de su caridad? Está sedienta de dolor: *he deseado con deseo*, dice á sus discípulos, *comer esta pasqua con vosotros* (1). Poseía con una igualdad absoluta las virtudes todas; mas no sé qué noble y tierna predilección descubrió en todas las acciones de su vida. *Pasaba haciendo el bien* (2). Honra con su presencia la masa de los publicanos, lleva la salud al abandonado lecho del moribundo, es el amigo de los pobres. Benevolencia, dulzura, amor, hé aquí lo único que oponía al corazón manchado y á la voluntad rebelde. *Amigo á que veniste* (3)? Hé aquí las únicas palabras que su corazón le permite dirigir al bárbaro discípulo que le entrega: una mirada tierna y expresiva: hé aquí el único reproche que hace á la infidelidad de Pedro. Sus labios no estuvieron animados por la sonrisa del placer; pero ¡cuántas veces corrió el llanto de sus ojos! ¡Ah! simpatizaba con el dolor y la tribulación, porque vivía entre los hombres y peregrinaba por un valle de lágrimas.

Infinito es su poder, pero nunca lo emplea sino para llevar al cabo los maravillosos designios de su cielen-

(1) Luc., XXII, 15.

(2) Act., X, 38.

(3) Matth., XXVI, 30.